

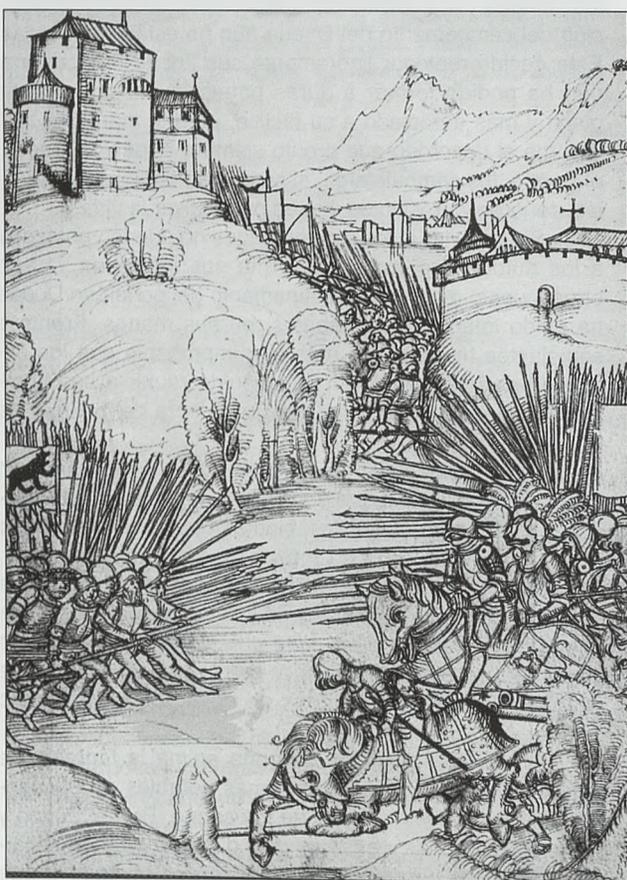
tro, que pasa de boca en boca. En el fondo se ve el escudo de Borgoña; lo trajo como botín un tal Strübin, aún hoy un apellido corriente en Liestal.

Después de esta victoria fácil, poco sangrienta y *altamente rentable*, el ejército confederado se disuelve y los ayer exaltados combatientes vuelven a sus vidas sedentarias y pacíficas.

13. La batalla de Murten

La derrota de Grandson significa para el duque de Borgoña una terrible humillación, con grandes pérdidas materiales aunque para él recuperables. Desde Lausanne empieza con los preparativos para una nueva campaña y se cuenta que escupía fuego cuando se trataba de los Confederados helvéticos. El 8 de mayo de 1476 pasa revista a sus tropas y el 27 de mayo pone su ejército en marcha contra la ciudad de Berna. Opta por las llanuras del valle del río Broye donde se encuentra la obsoleta fortaleza saboyana de Murten. Berna ocupa esta villa con 2.000 hombres, con artillería numerosa y moderna –gracias al botín de Grandson–, y bajo el mando de un líder experto y con una voluntad de hierro.

Con 25.000 personas entre combatientes y personal civil, un enorme bagaje repartido sobre más de 2.000 vehículos, el ejército del duque necesita dos semanas para cubrir los 70 kilómetros que lo separan de Murten. El 9 de junio una avanzada llega frente a la ciudad y, pocas horas



Movimiento típico de un cuadrado de lanceros helvéticos para detener ataques de caballería. Obsérvense los alabarderos que en el núcleo de los lanceros esperan el momento oportuno para atacar individualmente

después, el cerco está completo.

Murten se encuentra a orillas del lago y la carretera de Lausanne a Berna pasa a unos 8 kilómetros al sureste. La obsoleta fortaleza no puede impedir el paso pero, por dos motivos, el Duque le confiere gran importancia:

Primero: el asedio de Berna puede ser largo y una fuerte guarnición en Murten pone en peligro el avituallamiento.

Segundo: un espectacular asedio de Murten incitará a los Confederados a medirse con él en una gran batalla campal, en un terreno escogido por él. Especula que en esta segunda campaña su modernísimo ejército triunfará sobre la ruda soldadesca helvética con su anticuada táctica y que la Confederación Helvética será sometida definitivamente.

En efecto, el paisaje abierto de los alrededores de Murten favorece sus tácticas. Ha dividido su ejército en cinco cuerpos, cuatro ofensivos y uno de reserva y asedio. Según sus planes operativos los cuatro cuerpos, cada uno con dos líneas de combate, han de desplegarse entre su campamento y el llamado *coto verde* que es un seto natural, entre las localidades de Burg y Salvenach, que sus pioneros han transformado en dispositivo defensivo campal. Para el desquite de la humillación de Grandson el duque ha elegido y fortificado con sumo cuidado el terreno. Sus medios bélicos y sus posibilidades tácticas deben impresionar a cualquier adversario.

El Duque piensa que la obsoleta fortaleza de Murten no resistirá más que Grandson y comete así su primer error grave. Debería conocer mejor al comandante –¡Adrián de Bubenberg!– que lo recibe con un fuego tan denso que durante días nadie puede acercarse a las murallas.

Poco después de la muerte de Diesbach, el destierro de Bubenberg fue revocado. En Berna nadie se hizo ilusiones sobre los siguientes pasos del Duque y se tomaban todas las medidas preventivas posibles. También Bubenberg se puso a disposición y aceptó el mando sobre la villa de Murten, a 28 kilómetros de Berna. Su determinación se refleja en unas leyes marciales extremadamente duras que impone a sus tropas y a la población, por ejemplo, la pena de muerte por el mero hecho de hablar de capitulación. Bubenberg se incluye a sí mismo de forma explícita.

Desde el mes de abril, Berna solicita a los demás Confederados movilizar sus tropas, pero la *Tagsatzung* tiene que reunirse cinco veces hasta llegar a una decisión. La movilización no se decreta hasta el 12 de junio, cuando lugares fronterizos del territorio de Berna están siendo atacados.

Con asombrosa rapidez llegan los contingentes de los Confederados y de sus aliados. Solo faltan las tropas de Zürich que, por un error de comunicación, no se ponen en marcha hasta el 19 de junio. Con marchas forzadas intentan recuperar el tiempo perdido –130 kilómetros por caminos transformados en fango por una lluvia persistente– y en la tarde del 21 de junio llegan a Berna. Debajo de las arcadas y en sus calles se han instalado mesas para servirles una abundante comida, preparada por las mujeres de la ciudad.

Mientras tanto Murten resiste, pero la situación se